

DE LO ANIMADO Y DE LO INANIMADO

A primera vista, la diferencia que separa un animal de una planta, parece mayor que la que separa una planta de un objeto sin vida. Un cuadrúpedo y una ave se distinguen de las cosas inertes por los movimientos frecuentes que ejecutan; pero una planta, bajo tantos aspectos inerte, no se distingue de esta suerte; solo los seres capaces de establecer una comparación entre lo pasado y lo presente, que revela su crecimiento y pone en evidencia el ciclo de sus cambios reproductivos, puede reconocer que las plantas están más cerca de los animales que del resto de las cosas. La clasificación primitiva pone, pues, á los animales en un grupo y el resto de las cosas en otro.

De aquí que considerando la manera como se produce en la conciencia la distinción entre lo vivo y lo no vivo, podamos por un instante dejar á un lado los fenómenos de la vida vegetal, para no ocuparnos más que de los de la vida animal.

Comprenderemos en qué consistía esa distinción respecto á la apercpción del hombre primitivo, cuando observemos el desenvolvimiento en las formas inferiores de conciencia.

Si uno se pasea en un día de sol, orillas del mar, por entre las rompientes cubiertas de lapas, si llegamos á pararnos para examinar alguna cosa, en seguida se oye un ligero silbido. Como la atención se fije bien, desde luego se vé que dicho ruido viene de las lapas. Durante el intervalo de las mareas, permanecen con las valvas cerradas de una manera imperfecta; pero cuando sobre ellas se extiende una sombra se cierran inmediatamente, y es el cierre simultáneo de un gran número de lapas alcanzadas por la sombra, lo que produce dicho ruido. Aquí lo que debemos notar es, que esos cirrhpodos, crustáceos transformados, cuyos ojos están aprisionados por sus tejidos, y cuya facultad visual no sirve más que para distinguir la luz de las tinieblas, cierra la puerta de su cuarto desde el momento que se produce una repentina oscuridad. De ordinario, es un sér viviente quien produce la sombra, y la sombra es el signo de que hay en la vecindad una causa de peligro. Mas como la sombra puede provenir de una nube cortada á ángulos agudos, que oculte el sol de una manera repentina, á menudo sucede que la causa de la oscuridad no está en un

sér viviente de la vecindad; por tanto, el valor de ese signo es muy imperfecto. Empero, vemos que hasta en los animales colocados en lo más bajo de la escala de los seres desprovistos de inteligencia, se puede apercibir una vaga respuesta general á un signo que indica la presencia de un sér vivo en las cercanías: signo que consiste en un cambio que implica la existencia de un cuerpo que se mueve.

Varios animales de tipo inferior, cuya vida no se compone más que de acciones reflejas, no se muestran mucho más avanzados en la manera de distinguir lo viviente de lo no viviente, según las impresiones visuales. Mas en charcas de agua que dejara el reflujo, nadan crevetas que se arrojan repentinamente de aquí para allá tan pronto se aproxima á ellas un cuerpo luminoso; cuando un monton de algas en descomposición amontonadas se encuentran inquietadas cualquiera que sea la causa, las pulgas de mar que en ellas se encuentran, se ponen á saltar. De la misma manera en las cercanías, los insectos que no distinguen la forma de los objetos en movimiento, ni el género de su movimiento, se echan á volar ó saltan cuando reciben la impresión visual de los grandes cambios súbitos, puesto que cada cambio implica la proximidad de un cuerpo viviente. En todos esos casos, como en el del movimiento de las orugas que levantan el vuelo cuando se les toca, la acción es automática. Después de un vivo estímulo nervoso viene una fuerte descarga motriz, que acaba con un movimiento de expansión ó con una contracción convulsiva de los músculos.

Hablando en general, podemos decir que en esos casos se produce un error que confunde el movimiento que implica la vida y el movimiento que no la implica. El acto intelectual que se produce se parece á aquel que existe en nosotros cuando algún grande objeto pasa de una manera repentina por cerca y delante de nosotros, en cuyo caso nos sentimos sobresaltados involuntariamente, antes de que hayamos tenido tiempo para decidir si el objeto es vivo ó muerto, si es ó no es para nosotros una causa de peligro. La primera idea que esta impresión sugiere, es como para los animales inferiores de que hemos hablado, la de que el *movimiento* implica la vida; pero mientras entre nosotros la observación consciente rechaza ó comprueba esta idea, entre los animales no sucede nada de esto.

¿Cuál es la primera especialización de esta primaria apercpción? ¿De qué manera principian los animales superiores á limitar esta asociación del movimiento con la vida, de modo que excluya de la clase de seres vivientes aquellos que se mueven, sin que por esto vivan? Desde que la inteligencia se levanta

por encima de la fase en que es puramente automática, principia á distinguir el movimiento que implica la vida de todo otro movimiento á causa de su espontaneidad. Los cuerpos vivientes pasan repentinamente del reposo al movimiento, ó del movimiento al reposo, sin que nada exterior les afecte ó empuje. Las cornejas, que sin duda espian al hombre que pasa á cierta distancia, levantan su vuelo desde el momento en que aquel se detiene, y si no se mueven en aquel momento, marchan desde el instante que de nuevo ven que el hombre emprende su camino, ó bien si se pone á menear los brazos, sin que por esto se mueva de su sitio.

Lo que de una manera indubitable demuestra que la espontaneidad del movimiento sirve de signo, es la conducta de los animales domesticados, y hasta de los animales salvajes en presencia de un tren. En los primeros tiempos de los caminos de hierro, se presentaban muy asustados; pero al cabo de algun tiempo, familiarizados ya con el miedo y el movimiento rápido de ese objeto que apenas se muestra de lejos, pasa en seguida por delante de ellos arrastrado por una precipitada corriente para hundirse á lo lejos y desaparecer, han acabado por no prestarle atención alguna: los bueyes continúan paciendo, y hasta las perdices que se encuentran en las pendientes de los taludes, apenas levantan la cabeza.

Júntese con esos hechos lo que dice Mr. Darwin de cierto perro. Como los demás animales de su especie, y como los animales superiores en general, no daba atención alguna al movimiento de las flores y de las hojas agitadas por la brisa del verano. Pero sucedió que un día vió un parasol abierto plantado en un prado. De cuando en cuando la brisa lo agitaba, y entonces el perro se ponía á ladrar furiosamente ó á regañar. El perro sabía por experiencia, desde hacía mucho tiempo, que la fuerza para él conocida y de la que sentía el efecto cuando agitaba sus pelos, bastaba también para hacer mover á su alrededor las hojas, y que en consecuencia, el movimiento de las hojas no era espontáneo; pero él no había visto jamás que un objeto tan grande como un parasol, se moviera por igual causa. De aquí, pues, la idea de una fuerza viviente, de un intruso.

Añádase que los fenómenos que desde un principio sugieren fuertemente la idea de la vida, no tardan á pasar al número de aquellos que sugieren ideas de objetos inanimados, si falta la espontaneidad. De ello tenemos una prueba en la conducta del perro delante de un espejo. En un principio, creyendo que la imagen reflejada es la de otro perro, se esfuerza en llegar hasta aquel animal que le parece forastero. Mas cuando el espejo está colocado de modo que vea

en el mismo á menudo la misma imagen, por ejemplo, acostada en una almohadilla, entonces se muestra indiferente. ¿Por qué? Porque la imagen ya no se mueve espontáneamente, pues en tanto él está inmóvil, la imagen no se me-nea; y son los movimientos suyos los que reproduce la imagen.

Todavía tenemos un signo por el cual los animales inteligentes distinguen lo animado de lo inanimado, y es la *adaptación* del movimiento á los fines. Cuando un gato juega con la rata que ha cazado, si vé que permanece inmóvil durante largo tiempo, la toca con el extremo de su garra para hacerla correr. Claro está que con ello significa que el gato piensa que un ser vivo á quien se incomode procurará escaparse, lo que será para él un medio de volver á empezar la caza. No solo se promete un movimiento espontáneo, en el sentido de que es la rata quien lo producirá, sino que también se promete ver ese movimiento dirigido en un sentido que aleje á la rata del peligro que corre. En los animales que no llegan á juzgar por el olor si el objeto que sienten es ó no vivo, se puede observar que por lo comun esperan que un desplazamiento de ese objeto le hará correr para escaparse caso que esté vivo. Púedese también, observando la conducta de ciertos animales que viven en sociedad, cuando uno de ellos ha sido muerto de un tiro, juzgar que, puesto que su compañero no responde á sus gritos y á los movimientos de todos ellos, claro está que pertenece ya á la clase de objetos inanimados.

Así, pues, subiendo por la escala animal, vemos que la facultad de distinguir lo animado de lo inanimado va aumentando. Aunque de una manera extremadamente vaga en un principio, luego los actos discriminativos van definiéndose poco á poco; primero de una manera muy general, pero en seguida van especificándose; en fin, los actos de clasificación se hacen á menudo menos erróneos. En un principio el *movimiento*, luego el movimiento *espontáneo*, despues el movimiento espontáneo *adaptado*, tales son los signos á que ha recurrido la inteligencia á medida que ha ido progresando.

Dicho se está, empero, que también se sirve de otros caracteres. Con solo aspirar el aire por sus narices, siente el gamo, en cualquiera cosa que encuentre, la proximidad de un enemigo. A menudo un carnívoro sigue su presa por el olor que deja por donde pasa. Pero los olores, aunque sean fenómenos concomitantes de la vida en ciertos objetos adyacentes, no sirven de signo de vida; en efecto, el objeto de donde emana un olor no se reputa vivo, si luego de habersele encontrado no hace los movimientos esperados. También los sonidos